

lo rige, desechemos pueriles temores y sospechas infundadas, sin dejar por eso de adoptar todas aquellas precauciones que la prudencia aconseja, para estar listos a defender nuestra independencia y las instituciones republicanas.

En diciembre del año próximo pasado, llegó a esta capital el señor don Jorge B. Mathew, Ministro Plenipotenciario de S. M. B. en Centro América. Durante su residencia, promovió la cuestión tantas veces agitada, sobre la manera de suceder en las herencias de los súbditos británicos fallecidos dentro del territorio de la República; y después de varias conferencias, quedó convenido: que las sucesiones de los súbditos británicos, fallecidos en la República, ya sean intestadas o por testamento, puedan conformarse a las leyes inglesas, en cuanto a los bienes muebles; y que respecto a los inmuebles o raíces, se observe en todo, las disposiciones que rigen la materia en Costa Rica.

También tuve la oportunidad de manifestar al mismo señor Ministro, como antes lo había hecho al de los Estados Unidos de Norte-América, el punto de vista bajo el cual consideraba mi Gobierno el fraudulento abuso de algunos pocos costarricenses, que, para sustraerse de las cargas legales que la patria les impone, ocurren al extranjero solicitando carta de naturaleza, y creen conservarla, no obstante que al volver a su país natal se establecen con la intención implícita de domiciliarse.

Semejante abuso, opuesto a los más claros principios del derecho internacional, es severa y justamente condenado por los ilustrados Gobiernos, a cuyo poder pretende acogerse el sórdido egoísmo; y el nuestro rechaza con energía cualquiera pretensión contra los enunciados principios.

(Relaciones Exteriores, 1864).

El pensamiento que tuve el honor de proponer en mi informe del año pasado, y que aprobó el Congreso Nacional, con el objeto de introducir un método uniforme en la Instrucción Pública y dar a ésta una tendencia más positiva y práctica que la que hasta ahora se ha profesado, no es por cierto de tan pronta y expedita realización que pueda hoy daros cuenta de los resultados que el nuevo sistema haya producido, sino cuando más, de los pasos preparatorios que el Gobierno ha dado para afianzar su ejecución.

La instrucción pública es un plantel que una generación siembra para lo futuro, las estaciones en que crece no se cuentan por meses sino por decenios, y sus frutos no pueden cosecharse sino después que los sembradores han dejado de existir.

Faltándonos experiencia propia, hemos debido consultar la ajena. Con este fin, el Gobierno de pidió a Francia los mejores métodos y el material de que se usa en

aquellos adelantados establecimientos de educación.

Pocos datos tiene el Gobierno sobre el estado de las escuelas públicas, porque lejos de haber un vínculo entre ellas y el Poder, se ha procurado, a fuerza de parodiar ridículamente a los países, que por su alta civilización han alcanzado la independencia de la escuela, anular aquí el único resorte por el cual pudiera ésta recibir el impulso.

Abandonadas a sí mismas esas diminutas y pobres reclusiones de niños, que impropriamente llaman escuelas, se estacionan,

años tras años, hasta que la edad adulta viene a poner término a la inútil fatiga del inocente atormentado, llevando a su hogar, por único fruto, la convicción de la inutilidad de la escuela y con ella el propósito de libertar a otros del odioso suplicio que él ha sufrido.

Preciso es poner término a tamaño mal; organizar el aprendizaje, facilitararlo, y hacerlo menos fatigante y monótono de lo que hoy es. De otro modo, las leyes que declaran obligatoria la enseñanza, quedarán como hasta aquí, sin resultado alguno positivo.

(Instrucción Pública, 1864).

Los nuevos ricos

J. D. Rockefeller Jr. percibe alrededor de 360 mil dólares a la semana, según un informe publicado en la prensa por la Junta de Investigación de las utilidades en el negocio de petróleo. Henry Ford percibe como utilidades semanales un poco más que John D. De los millones que ganan anualmente ambos pagan al Gobierno, en impuesto sobre la renta, un poco más del 40 por ciento.

Sin embargo, esos hombres, aun deduciendo el impuesto, ganan mucho dinero. El término medio de los artesanos norteamericanos recibe un salario de 1,800 dólares anuales, y si tiene familia que soportar no paga impuesto, pero paga el 4 por ciento en caso contrario.

Aquellos anarquistas chirles cuyos libros de 25 páginas, a la fuerza circulaban en manos de los estudiantes del Instituto de San Salvador hace 16 años, habrían cogido por su cuenta a estos estupendos millonarios norteamericanos y—después de sapientes razonamientos—demostrado que merecen la horca. Por mi parte confieso que yo llegué a tales conclusiones allá en mis mocedades, educado en aquellos centros de enseñanza donde faltaba, a la vez que limpieza, una buena dosis de sentido común en sus directores.

Pero la cuestión palpitante de hoy no se concreta a saber cuantos millones de renta percibe este o aquel millonario, sino a saber en qué invierten sus ganancias. La familia de Rockefeller puede responder a la pregunta victoriosamente y señalar los centenares de donaciones que han hecho al mundo. Henry Ford se conforma con mostrar sus fábricas. Y el que estudie las fábricas de Ford encontrará en ellas la máxima expresión de eficiencia humana, de científica organización del trabajo de los hombres.

Ganar un dólar, aún con el trabajo más honrado de la tierra, no significa

nada desde el punto de vista económico y moral. Falta saber cómo ese dólar *se invierte*, y si al fin *se invierte*. Un rico que come muchas veces menos que los simples trabajadores pero que invierte su dinero en nuevas empresas, que abren oportunidades de trabajo o que lo distribuye en obras de educación y filantropía, es simplemente un rico pobre, un modesto administrador sencillo de los bienes sociales que se conforma con el elogio de los hombres o el asentimiento reposado de su conciencia. Estos ricos son funcionarios públicos que ascienden a la cúspide por sus propios esfuerzos y que en ella se sostienen mientras son hábiles.

Pero hay otra clase de ricos, y es la de aquellos que gastan su dinero en el vicio, oprimiendo, estropeando, obstaculizando el ajeno trabajo, prostituyendo y entorpeciendo el trabajo social. Estos son los ricos que se gastan saturnales y cuyo motivo mayor de satisfacción es sacarse una muchacha nueva cada semana o dos. Para estos ricos bien vendría el remedio predicado por un Malatesta o cualquier otro reformador. Pero ni aún ese remedio se necesita. El mundo de las altas finanzas es cada día más complejo y sus azares más oscuros. Para mantenerse rico es necesario saber trabajar y saber vivir. Los ricos léperos no prevalecen. Incapaces de responder con nuevas facultades a las exigencias de la lucha económica, ruedan abajo de la noche a la mañana entre el contento de los otros léperos que se aprovecharon de sus locuras para vivir.

Así resulta interesante saber quién es rico, simplemente. Pero más interesante será para los que vivan, recordar quiénes eran ricos hace diez o veinte años.

N. ALTAMIRANO Y VIERA.

San Francisco, Cal., 1923.

(El Día, San Salvador)